

## OSCAR WILDE, ÚLTIMOS DÍAS

**Gonzalo Contreras**

Pocos artistas conocieron el esplendor y la caída, el éxito y la derrota como Oscar Wilde. Al final de sus días, al gran *dandy* londinense, el autor venerado por el público, el vividor inagotable y genial conversador, le esperaba la cárcel de Reading, la deshonra y luego el exilio. Su vida se nos aparece casi como una fábula, en la cual la excitación de vivir es finalmente castigada por la moral pública. Wilde cometió el error de intentar enmendar ésta en su imposible batalla legal contra el Marqués de Queensberry. En el siguiente artículo damos cuenta del juicio al cual fue sometido y sus trágicas consecuencias. Wilde encarna como pocos el concepto del ángel caído.

**L**os cien años de la muerte de Wilde, que se cumplieron el 2000, han hecho resucitar la memoria de uno de los escritores más sugerentes del siglo XIX. Es poco lo que podemos agregar a las minuciosas y numerosas biografías que se han escrito acerca de él y que, lo más probable, no serían tan minuciosas ni numerosas si su final no hubiera tenido el signo trágico que lo marcó. La figura de Wilde ha despertado siempre una corriente de simpatía porque muchas de nuestras primeras lecturas se debieron a esos

---

GONZALO CONTRERAS. Escritor y ensayista. Autor de las novelas *La Ciudad Anterior* (1991), *El Nadador* (1995), *El Gran Mal* (Alfaguara, 1998) y de los cuentos *Los Indicados* (Ed. Sudamericana, 2000). Colaborador literario en diversas publicaciones nacionales.

maravillosos cuentos que de alguna forma iluminaron nuestra infancia. El dulce autor de *El Ruiseñor* y *la Rosa* fue un hombre vital, pero contradictorio en su arrojo, en cierto modo patético y a la vez heroico, rebelde pero ingenuo, para un ser de su lucidez. El análisis de su obra daría para múltiples comentarios y tal vez la estatura del personaje la sobrepase. Él mismo lo dijo: “En mi vida he puesto mi genio, en mi obra sólo mi talento”. Gide, en su pequeño opúsculo (Ed. Lumen, 1999) que lleva sólo por título el nombre del autor inglés y que narra los últimos días de éste en Francia, es todavía más crudo: “Al leerlas, las obras de Wilde caían en *inconsistencias*, incluyo el *Retrato de Dorian Gray*. Era en su conversación donde de veras brillaba”. Esta escisión entre personaje y obra se da como pocas veces en el caso de Wilde y no es intención de este artículo tocar la cuestión. La idea del artista contra el mundo, la defensa de los fueros de la belleza por sobre las costumbres establecidas, la pugna entre moral pública y privada son los elementos que estallan como verdaderas bombas expansivas en los últimos días de Wilde, y son el final epifánico a su vida. Antes consignemos algunos datos para comprender mejor la dimensión del fulgor y caída de Oscar Wilde.

El 16 de octubre de 1854 nace en Dublín Oscar Fingal O’Flahertie Wills Wilde. Los tres nombres que siguen al primero pertenecen a conocidos personajes de la tradición gaélica, lo que habla de la marcada pasión irlandesa de su padre, el cirujano James Wills Wilde, experto oftalmólogo quien operó de cataratas al rey Oscar de Suecia (de ahí el nombre del recién nacido, y que sería padrino del primogénito. Su madre, Jane Francesca Elgee, mujer de vasta cultura y gran sensibilidad, fue además una importante activista de la causa irlandesa contra la opresión británica. La niñez de Wilde, como se puede ver, transcurre en un medio ilustrado, de corte liberal, de ideas de avanzada.

Ya en 1864 recibe una beca para continuar sus estudios en el prestigioso Trinity College de Dublín, donde obtiene la Berkeley Gold Medal por sus conocimientos del griego clásico. En 1874 ingresa en Magdalen College de Oxford, donde destaca en el estudio de lenguas clásicas (latín y griego) y en cuyo ambiente se discuten profusamente las ideas de John Ruskin y particularmente de Walter Pater, ideólogo de la filosofía del “arte por el arte” que en forma tan decisiva influiría en la obra de Wilde.

Cuatro años antes de su ingreso a Oxford, nacía en Ham Hill, Worcester, Alfred Bruce Douglas, hijo del noveno marqués de Queensberry, John Sholto Douglas. Queensberry pasaría a la historia, entre otras cosas, por ser quien instauró las reglas del boxeo moderno. Ambos hechos, como veremos, no serán indiferentes a la vida y el destino de Wilde.

Hacia 1878, ya trasladado a Londres, Wilde se ha forjado [hecho] un pequeño prestigio como autor de poemas y piezas teatrales, como también por su extravagante forma de vestir, su famosa capa, sus corbatas de lazo, la flor que solía llevar en una mano. Como miembro fundador del Movimiento Esteticista, estas actitudes parecían del todo de acuerdo con su filosofía.

En 1884 contrae matrimonio con Constance Mary Lloyd, hija de un prestigioso abogado de Dublín y poseedora de una nada desdeñable fortuna. Wilde podía considerarse un hombre dichoso, particularmente luego del nacimiento de sus dos hijos Cyril y Vyuyan. Un año antes del nacimiento de éste se había promulgado la Labouchère's Criminal Law Amendment Act, que declara delito a la homosexualidad. Por ese tiempo Oscar Wilde conoce al joven canadiense Robert Ross, quien jugaría un rol protagónico en su vida. Se supone que además de ser su más leal amigo hasta el fin de sus días, fue también quien lo inicia en la vida homosexual.

Sus éxitos literarios se suceden. Ve a la luz *El Príncipe Feliz* y otros cuentos que incluye *El Ruiseñor y la Rosa* y *El Gigante Egoísta*, además de publicar separadamente *El Fantasma de Canterville* y *El Crimen de Lord Arthur Savile*. Oscar Wilde es un escritor en extremo laborioso y la paz conyugal ha contribuido a esta incesante carrera literaria. En 1890 aparece *El Retrato de Dorian Gray*. Al año siguiente, el poeta Lionel Johnson le presenta al joven lord Douglas, a quien todos llamaban Bosie. Bien se puede decir que este encuentro será el principio del fin de Wilde. En los hechos, no le queda una década de vida. Todos los biógrafos indican que la atracción fue inmediata, fulminante en el caso de Wilde. Bosie era de una extraordinaria belleza, había abandonado sus estudios en el Magdalen College y llevaba una vida disipada entre aristócratas, artistas decadentes y jovencitos que compartían sus inclinaciones. Sus solos ingresos provenían de su padre al cual odiaba en forma vehemente, sentimiento que podemos inferir, era mutuo.

Wilde continúa con su carrera de éxitos. Aparecen *El Abanico de Lady Windermere*. Escribe en francés su célebre *Salomé*, le siguen *Una Mujer Sin Importancia*, *Un Marido Ideal*, todas obras de resonante éxito y que en muchos casos estuvieron largo tiempo simultáneamente en cartelera. El embriagador triunfo artístico, el dinero que llega a raudales a sus manos, la adoración de su público, alejan progresivamente a Wilde de su familia, lo mantienen por más tiempo en la City y su frecuentación a Bosie se hace cada vez más asidua.

Es normal verlos cenando en los más elegantes restaurantes, pidiendo bebidas y comidas extravagantemente caras, y envueltos ambos en una

familiaridad cada vez más desembozada. Los rumores, con características de escándalo, llegan a Queensberry quien por todos los medios intenta separarlos. Pero Wilde es famoso, por lo tanto, y hasta ahí, intocable. “Tu intimidad con ese hombre —le escribe el marqués a su hijo— debe cesar o te repudiaré y no te suministraré más dinero. Con mis propios ojos os he visto a los dos en el más abominable y desagradable trato... Nunca en mi vida había visto un espectáculo semejante al que ofrecían vuestras horribles fisonomías...” La cita se debe a un encuentro en que Queensberry irrumpió en el restaurante londinense donde cenaban ambos, y en la cual el marqués fue recibido con una suerte de mofa. Douglas le escribiría inmediatamente a su padre: “Qué divertido hombrecito eres”. Queensberry intentó en dos entrevistas privadas alejar a Wilde de su hijo, pero éste rechazó las aproximaciones diplomáticas del marqués. Éste pasó a la ofensiva. Para el estreno de *La Importancia de Llamarse Ernesto*, Queensberry intenta ingresar al teatro para entregar al ovacionado autor un ramo de nabos y zanahorias. Solamente a la fuerza le impiden llevar a cabo su acto. Queensberry quiere ir más lejos. El marqués llega hasta el Albermale Club, del que era *habitué* Wilde y le deja una nota manuscrita con su tarjeta de presentación en que dice lo siguiente: “To Oscar Wilde posing as a sodomite” (sic). La falta de ortografía de Queensberry prueba la pobreza de su cultura, pero no la ferocidad de sus intenciones.

Douglas ve en la nota el instrumento para acabar con su padre. La nota es ciertamente injuriosa y se presta para una demanda contra el marqués. Douglas insiste que tienen al viejo cercado. Wilde vacila. Sus amigos, aun Bernard Shaw, lo incitan a desistir, pero la persuasión y el chantaje sentimental de Bosie, que amenaza con abandonarlo, llevan Wilde a cometer el peor error que pudo haber cometido en su vida y que torció en forma brutal, grotesca, su glorioso destino.

El 1 de marzo de 1895, Wilde se querrela contra el marqués de Queensberry por calumnia. Al día siguiente el marqués es arrestado y debió presentarse en la Corte de Policía Local. El marqués, naturalmente, insiste en sus dichos. Dado esto, el caso pasa a la Criminal Court de Old Bailey. Por Wilde, alega Sir Edward Clarke, conocido litigante de la City. Por Queensberry, Sir Edward Carson, irlandés como Wilde y compañero de curso de él en Trinity College. El 3 de abril del mismo año se inicia el proceso.

El inculpado es el marqués y la prueba, su injuriosa tarjeta. La única salida de Wilde, para probar la injuria, es que la afirmación es falsa. Desde un principio la aventura se presenta como temeraria. La licenciosa y desafiante vida pública que han llevado Wilde y Douglas a ojos de toda la

sociedad victoriana, los pone en el peligroso límite que esa misma sociedad se cobre venganza ante un comportamiento tan ostensiblemente provocador. Sólo el prestigio literario de Wilde está a su favor, pero los artistas no suelen tener mucha suerte en las cortes. Carson presenta como prueba una carta que le escribiera Wilde a Bosie luego de unos poemas que publicara este último en *The Camaleon*: “Muchacho mío, tu soneto es hermoso y es maravilla que esos labios tuyos, rojos pétalos de rosa, hayan sido hechos tanto para la música del canto como para la locura de los besos. Tu alma delicada y áurea marcha entre la pasión y la poesía. Yo sé que en los días griegos tú eras Jacinto a quien Apolo amó con locura. Siempre tuyo, con eterno amor. Oscar”. Podemos imaginar el efecto que produjo dicha carta en la sala. Cualquier defensa acerca de una relación inocua se desvanecía. Clarke responde que esas palabras: “podían parecer extravagantes a quienes tienen el ánimo de escribir cartas comerciales o esas cartas comunes que las necesidades de la vida le obligan a uno a escribir todos los días; pero el señor Wilde es un poeta y la carta es considerada por él como un poema en prosa. No se avergüenza de esa carta en modo alguno. Está dispuesto a mostrarla en cualquier parte como la verdadera expresión de su sentir poético”. La defensa de Clarke es evidentemente débil y las cosas comienzan a complicarse para Wilde, más aún, cuando se esgrime en su contra el contenido y la estética de *El Retrato de Dorian Gray*. La atracción que Lord Henry Wotton ejerce sobre el joven Dorian Gray es considerada como un elemento más de la defensa. El libro sería una incitación a la perversión.

Carson ataca el libro con verdadera saña, como si no fuera otra cosa que una obra cifrada acerca de los deleites de la inmoralidad. A continuación transcribimos la célebre defensa de Wilde de la intangibilidad moral del *Retrato*.

— Carson: En su introducción de *Dorian Gray* usted dice: “No existe cosa tal como un libro moral o inmoral. Los libros están bien o mal escritos. ¿Esto expresa su punto de vista?”

— Wilde: Mi punto de vista en arte, sí.

— Carson: ¿Entonces debo deducir que, en su opinión, por inmoral que sea un libro, si está bien escrito, es un buen libro?

— Wilde: Sí, si estuviera tan bien escrito como para una sensación de belleza, es la sensación más elevada de que es capaz el ser humano. Si estuviera mal escrito produciría una sensación de desagrado.

— Carson: ¿Entonces un libro bien escrito que sugiera puntos de vista perversos puede ser un gran libro?

— Wilde: Ninguna obra de arte sugiere puntos de vista. Los puntos de vista pertenecen a gente que no es artista.

— Carson: ¿El afecto y el amor del artista de *Dorian Gray* podrían llevar a un individuo corriente a creer que tenía ciertas inclinaciones?

- Wilde: No tengo conocimiento de los puntos de vista de individuos corrientes.  
 — Carson: ¿No impidió usted que los individuos corrientes compraran su libro?  
 — Wilde: Nunca los desanimé.

El tono irónico, aristocrático y pedante de las respuestas de Wilde, sin duda no le ganaron la simpatía del jurado. No había respondido a las cuestiones de fondo que insinuaba Carson, si es que de alguna manera no las refrendaba, haciendo ver que su esfera de acción y de sentimientos estaba más allá del bien y del mal, asunto que Carson logró prácticamente probar con el interrogatorio. Existía una moral pública, que se extendía al ámbito de las artes, y que Wilde había transgredido. En suma, la conclusión del primer interrogatorio dejaba establecido que el arte no podía contravenir la convención moral y que para la sociedad no eran autónomos una y otro, como Wilde pretendió establecer.

Fijado ese punto, se pudo establecer, mediante testigos pagados por Queensberry, que Wilde frecuentaba jóvenes de dudosas costumbres. El marqués se cuidó de dejar fuera a su hijo de los testimonios probatorios. Lo cierto es que Wilde, ni tampoco Douglas, eran exclusivos en sus relaciones y abundaba el material, fidedigno o espurio, de la liberalidad de Wilde en sus relaciones homosexuales con jóvenes de bajos estratos. Wilde alegó: “Me encanta la compañía de gente más joven que yo. Me gusta la compañía de esos que se podrían llamar holgazanes y desaprensivos. Yo no admito ninguna diferencia social. Para mí la juventud, el mero hecho de la juventud es tan maravilloso que preferiría hablar con un joven durante media hora que... bueno ser interrogado en el tribunal”.

Fiel a los dictados de su conciencia, Wilde no dio su brazo a torcer. No iba a *abdicar* de su estilo *ni* de su personal filosofía. Cualquier otra actitud hubiera sido una traición a una ética y estética que había desarrollado de un modo casi programático. Carson lo tenía en sus manos. “A mi juicio si el proceso descansara sólo en la literatura de Wilde, Lord Queensberry estaría perfectamente justificado por el paso que dio. Lord Queensberry se ha propuesto probar que el señor Wilde ha hecho alarde de ciertos vicios”.

Ni el mismo Wilde percibió el dramático cambio de su situación, de acusador a acusado. El eufemismo de Carson para tratar explícitamente el tema de la homosexualidad no libera a Wilde de las sospechas que se ciernen sobre él. Queensberry, a la siguiente sesión, reafirma los dichos de su tarjeta, mientras que, inducido por Clarke, Wilde retira la querrela. Pese a ello, Carson insistió en que se dejara constancia que lo expresado en la

tarjeta era un hecho veraz. El marqués fue declarado inocente, pero por otro lado tenía pruebas en su mano de un delito que, como se dijo, era castigado por la ley.

Queensberry decidió entonces pasar él a la acción. Acudió al Director of Public Prosecutions con las mismas pruebas que se habían esgrimido en el juicio en su contra. Es decir, la sospecha más que fundada de la homosexualidad de Wilde, que se basaba, hasta entonces, en presunciones, y sus propios dichos. No pasaron horas, una vez que Queensberry fue absuelto, para que Oscar Wilde fuera arrestado. Ese mismo 5 de abril fue conducido a prisión preventiva en la comisaría de Bow Street.

Los gastos dispendiosos de Wilde lo habían llevado ya por ese entonces a una crítica situación financiera. Gran parte de ellos eran a causa de la vida galante que había llevado con Douglas. Ya en 1892 Wilde debió pagar una suma considerable para liberar a Bosie de un chantaje, producto de sus relaciones inconfesables en el Magdalen College. El ritmo de vida de ambos había llegado a excesos delirantes. Oscar Wilde estaba más endeudado de lo que nunca calculó. Estallado el escándalo, su mujer y sus hijos decidieron dejar la casa familiar para huir a Italia, por recomendación del padre de Constance. Ése fue el momento en que sus acreedores se dejaron caer sobre él. Recluso en la prisión de Pentonville, se enteró cómo su domicilio había sido prácticamente saqueado. Wilde poseía, entre otras cosas, libros dedicados por Walt Whitman, Verlaine, Mallarmé y Victor Hugo, y sobre otras posesiones de mayor valor económico, fue el despojo de su biblioteca lo que terminó por desarmarlo.

Se iniciaba ahora el proceso contra Oscar Wilde. En la relación de Wilde y Douglas existió un personaje cuyo rol sería definitivo al momento del juicio contra el escritor. Su nombre era Alfred Taylor. Taylor fue el *metteur en scene* de las orgías que practicaban ambos con jovencitos contratados por Taylor. Aquí comienza la gran emboscada. El juicio es caratulado como Regina v/s Wilde & Taylor. Ambos son acusados de la infracción del Criminal Law Amendment, que dice relación con “comportamiento indecente”. No fue difícil comprobar que Taylor mantenía una red de tráfico sexual, más aún cuando la mayoría de los testigos eran falsos, contratados y pagados por Queensberry, y de ser fidedignos, sólo la fortuna del marqués los llevó al estrado. La Common Law era indulgente con aquellos testigos que testificaban en causas criminales y por ella desfiló cuanto pequeño gañán quería salvar su pellejo.

Charles Frederick Gill, quien actuó como procurador en el proceso, refirió a la corte: “Allí (se refería al prostíbulo de Taylor) se reunían jóvenes. Y allí Wilde fue presentado por Taylor a los jóvenes que prestarán

declaración en este caso...” La afirmación era correcta, sólo que Gill se encarga de omitir que en esta actividad participaban Wilde pero también Douglas. Wilde no quería por ningún motivo ver a Douglas en el estrado, en lo que tal vez sea lo único en que coincidía con su padre.

Sir Edward Clarke tenía sólo un arma en sus manos, el prestigio literario de Wilde. Argumentó de esta manera: “No es honrado juzgar por sus libros... Significados ocultos han sido injustamente desentrañados de la lectura de los trabajos en prosa y en verso de mi cliente, y parece que hay un empeño, deleznable empeño, en condenar al señor Wilde a causa de la interpretación obscena que sus enemigos dan a ciertos trabajos suyos”. En esa línea, la procuraduría replicó acerca del significado que en el ya citado poema de Douglas éste se refiere al “amor que no puede expresar su nombre”. Aquí viene la célebre respuesta de Wilde: “El amor que no osa decir su nombre, en ese siglo, es el amor de un hombre maduro y un hombre joven, como el que existía entre David y Jonathan, tal como aquel que Platón usó como verdadera base de su filosofía, y tal como se encuentra en los sonetos de Miguel Ángel y Shakespeare. Es un afecto honrado y espiritual, tan puro como perfecto. Inspira y colma grandes obras de arte, como las de Shakespeare y Miguel Ángel, y las dos cartas mías tal como son.... En este siglo hay un concepto tan erróneo de él (del amor que no puede definir su nombre) y es por esa razón que estoy colocado aquí...” Su intervención produjo gran efecto en la sala e incluso arrancó un encendido aplauso entre el público. Esto jugó en parte a su favor, sólo en parte. El jurado no pudo llegar a un acuerdo respecto de la plena responsabilidad de Wilde y debió convocarse a un nuevo juicio para precisar algunos puntos que quedaron en duda, como sus actividades en el hotel Savoy, su relación con Edward Schelley, Alfred Wood o Charles Parker. Pese a que el destinatario de la carta inculpativa, y autor de la cuestionable frase del “amor que no puede nombrarse”, Douglas no es mencionado entre los testigos.

El nuevo juicio se llevaría a cabo dentro de quince días más, en los cuales Wilde estuvo en libertad. Ya que su casa había sido embargada, esos días los pasó en casa de su madre, Lady Jane Francesca Wilde. Sus amigos lo conminaban a escapar del país y huir a Francia, pero su madre combatió tenazmente esta idea. Debía dar la cara y demostrar su inocencia. Wilde era del mismo parecer. Ambos, madre e hijo, ignoraban que el juicio estaba perdido de antemano.

El 20 de mayo de 1895 comienza el nuevo juicio. Otro contingente de testigos pagados por Queensberry es aportado por la procuraduría. Clarke había obtenido pequeños triunfos. Evitar que Wilde fuera enjuiciado por asociación ilícita y de corrupción de menores, quedando sólo pendiente el cargo de *gross indecency*. Desde un principio se vio la suerte del escritor.



Las palabras del juez Wills son reveladoras: “Éste es un caso muy grave y mi labor muy difícil. Preferiría juzgar de nuevo el crimen más horroroso que me haya tocado en suerte juzgar que verme comprometido en una causa de esta naturaleza...” El 27 de mayo de 1895 el jurado dictamina la culpabilidad de Wilde y Taylor condenándolos a dos años de trabajos forzados. Wilde se limitó a responder “And I, may I say nothing my lord?”

Tras breves pasadas por las prisiones de Pentonville y Wandsworth fue llevado a la cárcel de Reading, donde comienza a cumplir su condena el 13 de noviembre de 1895.

Es ahí donde Wilde escribirá sus más conmovedores textos, *La Balada de la Cárcel de Reading*, dedicada a la muerte de un compañero de reclusión y, por sobre todo, el célebre *De Profundis*, la patética queja, el doloroso reclamo ante el desamor y la frivolidad de Douglas. Lo acusa de su ruina económica, de su ruina moral al destruir su hogar, de haberlo empujado a un juicio sin destino, del derrumbe de su reputación, de su deslealtad una vez que ha entrado a prisión. “Podría haberte puesto un espejo, y haberte mostrado una imagen tal de ti mismo que no la habrías reconocido como tuya hasta verla remedar tus gestos de horror, y entonces habrías sabido de quién era figura, y la habrías aborrecido, y la habrías aborrecido para siempre”. “Tú eras mi enemigo: un enemigo como no ha tenido ningún hombre. Yo te había dado mi vida, y para satisfacer las más bajas y despreciables de todas las pasiones humanas, el Odio, la Vanidad y la Codicia, tú la habrías tirado”. El tono es inclemente. Le recrimina que para el remate de sus libros, su máspreciado valor, Douglas no hubiera acudido a la subasta para salvar los más importantes. “Podrías incluso, recordando las cantidades de dinero que yo me había gastado en ti pródigamente y cómo habrías vivido a mi costa durante años, haberte tomado la molestia de comprar para mí algunos de mis libros. Los mejores se dieron por menos de 150 libras; más o menos lo que yo gastaba en ti en una semana cualquiera”. La retahíla no tiene fin. Wilde comprende ya tarde cuán ciego y equivocado ha estado.

El 19 de mayo de 1897 sale en libertad luego de haber cumplido la totalidad de su condena. Huyó a Francia bajo el nombre de Sebastián Melmoth para instalarse en Dieppe y luego en Berneval. Su corazón y su espíritu están destruidos, pese a que lucha por no mostrarse así. Quien lo frecuenta esos dos últimos años de vida que le restan es André Gide, a quien había conocido con anterioridad. Gide escribe, “Wilde poseía entonces (1991) lo que Thackeray llama el don fundamental de los grandes hombres: el éxito”. Pasarían los años hasta su reencuentro en Argel en 1895 y luego, ya más tarde, durante su exilio en Francia, Gide recordaría lo que antes había pensado de él. “La fatalidad le guiaba, y él no podía ni quería

sustraerse a ella”. “Iba hacia el placer como quien se dirige a un deber. Para mí el deber, decía, el deber consiste en divertirme terriblemente”. Gide no dejaba de ver que un sino amenazante se cernía sobre quien exhibía este desafiante paganismo, como si presintiera o bien buscara el fin que no estaba lejos. “No a la dicha ¡Sobre todo no a la dicha! ¡El placer! Es preciso desear siempre lo más trágico”, frase anotaba por Gide durante la estadía de éste en Argel. “Espero, me decía, haber corrompido bien esta ciudad”, es otra de las anotaciones referidas a las feroces frases de Wilde. “Ante todo esto, yo permanecía lleno de asombro, admiración y temor. Sabía lo comprometido de su situación, las hostilidades, los ataques y qué sombría inquietud ocultaba bajo su audaz alegría”. Si bien la prisión no asoma aún en el firmamento de Wilde, Gide puede entrever que la actitud temeraria de Oscar Wilde, dice relación con una animosidad que despierta su persona en la sociedad victoriana —particularmente en Queensberry que ya ha iniciado sus ataques— y que el escritor, lejos de intentar aplacarla, la enciende, como quien quiere apagar un fuego con parafina.

De algún modo, el destino de Wilde se había ido tejiendo lenta y laboriosamente como un tupido tejido del que se cubría, como su famosa capa, pero que sería también su mortaja.

Gide lo visita en Berneval, un lúgubre pueblecito del norte de Francia. No quiere ser reconocido por nadie y ante Gide intenta no mostrarse emocionado. Por el contrario, parece un hombre conformado y casi dulce. Le explica que es bueno que todo aquello haya ocurrido, que una forma de no reemprender la existencia es comenzando otra totalmente distinta. “Era preciso que todo aquello cambiara. Iré a París sólo cuando haya escrito un nuevo drama, mientras tanto, soy solamente el condenado”.

Pese a algunos proyectos, la obra que tenía en mente nunca fue escrita. Pese a sus empeños tuvo una recaída con Bosie, con el cual viajó por Italia durante 1898. Luego regresaría a París. La salud de Wilde estaba resentida por los dos años de reclusión. Hay que considerar que el régimen en Reading permitía sólo una hora de salida de los calabozos en la cual los presos debían caminar en un gran círculo bajo un patio techado sin dirigirse la palabra entre ellos. Ignoramos cuáles fueron los trabajos forzados a los que fue sometido, pero un cambio de alcaide, ya casi al final de su reclusión, alivió en parte su condición, ya que se le permitió al menos la lectura.

Una vez que decide instalarse en París luego de su última ruptura con Douglas, Gide nos cuenta: “Wilde parecía profundamente miserable, triste, impotente y desesperado”. Moriría de una afeción al oído el 30 de noviembre de 1900 en una habitación del Hotel d’Alsace, 13 rue de Beaux Arts. □